

MEMORIA DE AUSENTES

José Luis Fernández del Amo (1914-1996)

Más allá de “Las Fuerzas Oscuras que ensombrecen el Mundo”

En una de las tardes más calurosas del pasado verano nos reuníamos con José Luis Fernández del Amo, en su piso madrileño de la calle de Velázquez, Alberto Humanes y el autor de estas líneas. Se trataba de concretar detalles con vistas al acto de presentación de su libro “Palabra y Obra” que la Fundación COAM acababa de publicar en su colección “Textos Dispersos”. Además de José Luis, “el patriarca”, la presencia siempre cálida de Beatriz y la de dos de sus hijos, Rafa (el “alter ego” del maestro) e Ignacio, el menor (cámara certera al que debemos las mejores fotos de los últimos años del arquitecto: perfil aquilino, mirada escrutadora y un aire de personaje de Dashiell Hammett recreado en imágenes de cine negro). Los papeles fueron repartidos y quedó establecido un esquemaguión del acto. Al fin, el jueves seis de julio, sus amigos estábamos con José Luis. El insistía en que aquello no sería una conferencia. Pero lo fue. Esclarecedora y convincente; con las palabras justas y las gotas precisas de su humor socarrón e irónico.

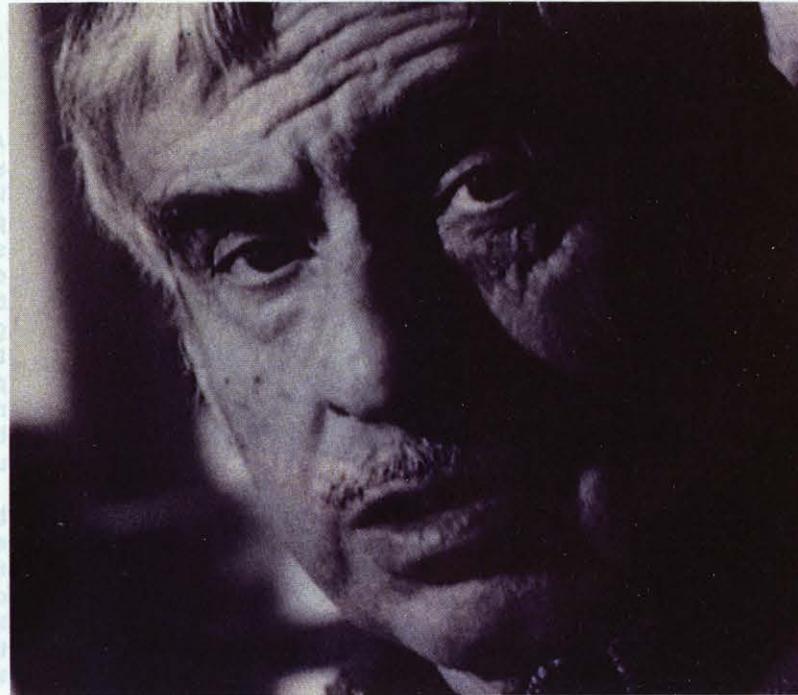
Mes y medio más tarde, en su segundo hogar de Vandelandes, después de un breve paseo mañanero por el jardín, José Luis, dentro ya de la casa, caería fulminado, “como del rayo”. Quedaban atrás ochenta años de una vida cumplida y prieta, vividos en el trabajo diario y la generosidad también cotidiana; años de lucha por ideales e iniciativas diversos, con la arquitectura y las artes siempre en lugares preferentes. Y siempre, también, con el apoyo total de una familia “en piña”. Años en los que fueron naciendo nueve

hijos y veinte nuevos pueblos, los “pueblos” de Colonización: su aportación esencial a la arquitectura española.

Dejando a un lado cronologías o relaciones exhaustivas, sí querríamos recordar ahora aquellos años de la larga postguerra, con un José Luis Fernández del Amo recién salido de las aulas, celebrando su matrimonio en la catedral de Burgos (1942) y sus inmediatos viajes (y no de bodas precisamente) por tierras aragonesas, recibiendo el impacto de pueblos y pueblos semidestruídos, tomando nota de los daños bélicos con vistas a su futura reparación. También, el tiempo vivido en Andalucía (1943-47), especialmente en Granada, donde mantendrá un trato permanente con artesanos y artistas, organizará tertulias universitarias y aprenderá y disfrutará de la lección siempre presente en la arquitectura popular.

Mil novecientos cuarenta y siete será el año de su vuelta a Madrid, del reencuentro con las raíces después de haberse dejado empapar por otras muchas culturas españolas, de bucear, unánimemente, en la intrahistoria de esa entidad pluriforme –síntesis dialéctica de tantas formas de entender la vida– que llamamos “lo español”. Todo ello supondrá el substrato sobre el que José Luis Fernández del Amo irá construyendo sus pueblos, unos pueblos que, como él mismo comentaba, hoy son ya el “casco antiguo” de aquellos núcleos primitivos que siguieron creciendo después de que él los dejara.

De su época granadina arrancan las primeras ideas sobre lo que debería ser un



museo de arte de nuestro tiempo. Joaquín Ruiz-Jiménez, ministro de Educación en 1952, le ofrecerá la ocasión de hacerlas realidad. Precisamente en estos días, el Museo Reina Sofía presenta una breve muestra en la que se explican y documentan aquellos primeros pasos. En las vitrinas –entre las cartas de Miró o de Saura, Miralles o Tápies, al por entonces director “in pectore”– puede verse también su nombramiento como responsable del futuro Museo de Arte Contemporáneo y, como dato curioso, el documento de su remuneración anual: 14.400 pesetas, todo incluido.

En todo caso resulta preciso subrayar que los pueblos de Colonización y la creación del Museo –con ser esenciales dentro de la obra global de Fernández del Amo– no agotan su amplia y diversificada labor profesional, extendida a prácticamente todos los campos que sea posible abarcar; desde una arquitectura religiosa –“postconciliar antes del Concilio”, como él orgullosamente afirmaba– a edificios representativos, cultu-

rales, de ocio, etcétera, y también, de un modo importante, a la vivienda urbana.

Desde estas mismas páginas, Miguel Ángel Baldellou expresaba recientemente su opinión sobre los dos últimos títulos aparecidos en la colección “Textos Dispersos” y la resumía en una frase rotunda: “Elogio de la Cordura”. Con respecto a mi propio caso me resulta difícil opinar; pero con relación al trabajo de J.L. Fernández del Amo es bien cierto que la cordura, la ponderación y el sentido común estuvieron siempre presentes a lo largo de su obra. Y que esta obra es la obra de un gran arquitecto.

José Luis Fernández del Amo siguió creyendo, hasta el final, en una arquitectura como servicio –algo de lo que hoy ya ni se habla– y así lo proclamaba, casi a gritos, desde la página inicial del libro que resumía su vida: luchar por una arquitectura capaz de “proteger” al hombre, “que le alivie de las fuerzas oscuras que ensombrecen el mundo”.■